

ROSA DE CONCRETO

dorian fadir prado

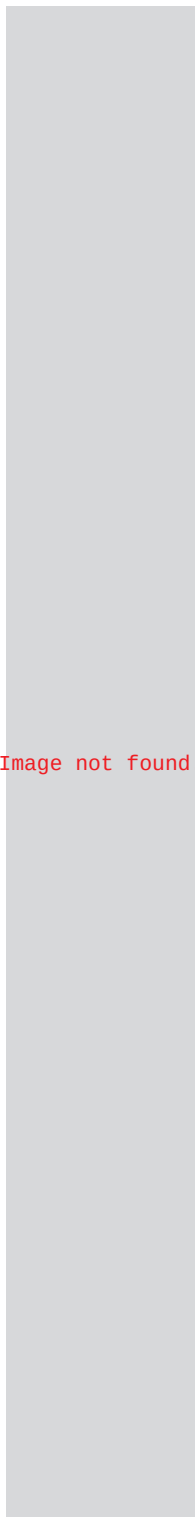


Image not found.

Capítulo 1

Rosa de concreto.

Una noche particularmente oscura, tanto como un abismo perpetuo; el cielo encontrábase encapotado, atiborrado por nubes grisáceas, cargadas todas de una pesada carga que caprichosamente parecían no querer soltar al vacío. La penumbra invitaba a los más perversos demonios para actuar a sus anchas; la lujuria se encontraba con la violencia, esta le daba la mano a la barbarie, quien gustosamente abrazaba a la perfidia, que a su vez sentía con beneplácito la influencia de la ambición desmedida; todas y más, parecían revolotear alegres en un mundo oscuro y nocivo, apoyados en la invisibilidad de un ensimismamiento egoísta rutinario, y casi supervisados por el verdadero ente perverso, la razón de vicios y corrupciones, el demonio en carnes; la ignominia, pretérita y perenne, eterna, básica, insaciable, inmisericorde; la ignominia, o lo que es lo mismo, la naturaleza humana.

Los rugidos de una estridente reyerta felina se podían sentir con claridad en el fondo de aquella noche húmeda; la sombra de un can desnutrido, arrinconado y tembloroso, casi entregado a su propia desgracia; el olor fétido de centenares de secreciones temporales que se apilaban en cada esquina; el deambular inerte de gentes que acechan lo desconocido, que buscan lo que no se le ha perdido, que ansían algo que realmente no saben que es, o si existe, o si tan siquiera vale la pena perder sus vidas por ello, pero sin embargo los llama, los impulsa, los motiva a seguir sus caminos corruptos y profanos, a saciar a aquello que realmente no necesitan pero que los a enviciado como la droga más demandante.

La bruma de la polución alevosa, las edificaciones arruinadas y derruidas por el paso inexorable de un tiempo que es solemne en su justicia; las paredes desconchadas y putrefactas, tan repelentes que el solo hecho de mirarlas puede producir una instintiva repulsión, y bajo estas el pavimento, duro, frío, inmundo. El sonido de una música estridente y vulgar se combina con la siguiente, o el escándalo de una pelea de turbios amantes, o el relinchar de una cama vieja a punto desarmarse, o el llanto de un inocente encerrado en su propio infierno. "La Gloria", el aposento de lo macabro, el hogar de la perdición, un universo dentro de un mundo, con sus propias maneras e idiosincrasias, normas y leyes, sus líderes y

regentes, una dimensión en sí misma.

Y en este abismo olvidado donde la misericordia no existe un hombre vagaba con el peso del mundo sobre sus hombros, languidecente, cabizbajo, derrotado, pero con la efervescencia de un rencor que lo motivaba a continuar a pesar de su pesar, sin reconocer el océano de almas viciadas que desarrollaban su malvivir alrededor y más allá. De andar lento, pausado, tanto que por momentos bien hubiese podido ir en reversa; el peso de su dolor lo anulaba, lo debilitaba. El calzado se le notaba incómodo y derruido, los pantalones sucios y curtidos, una camisa viejo y descolorida que alguna vez engalanó noches esplendorosas y una chaqueta apenas merecedora del nombre, oscura pero sucia y maloliente; imagen escogida con el desinterés que su ánimo le permitió, esa noche bien hubiera podido ir desnudo, o vestido como un bufón, no hubiera importado, impresionar no era lo que deseaba en la noche fuera de tiempo. Solo un artilugio estaba cuidadosamente pensado, planeado, añorado y hasta necesitado; a veces lo buscaba con su mano derecha en el bolsillo propio de su casaca, cuidando que en su modorra no lo hubiera perdido, pero no, hay estaba, leal, con la fidelidad que añoró en aquella en quien confió su ser solo para que lo desdeñara con el desprecio más cruel que pudo alguna vez pensar que existía.

El alcohol le nublaba la mente, pero no lo suficiente para que perdiera el norte del destino que se había dispuesto. De hecho, si algo hacía ese amargo gusto en la garganta era restregarle las imágenes de un pasado alegre, feliz, ilusorio, utópico y falso; el dulce conocer de una hermosa y provocativa joven de ojos claros y piel de porcelana, labios carnosos y cabellos rojizos como la pasión que era ya capaz de provocar. De senos duros y puntiagudos de los cuales hasta el sudor era un elixir de la vida, de piernas tersas y eternas, trasero redondo y un sexo jugoso y celestial. Desde el primer momento que aquel desdichado vio a la hermosura hecha carne sintió que su mundo se vino abajo para ser reconstruido nuevamente. No importó la notable diferencia de edad, ni el hecho de que él no fuera el espécimen más atractivo, o su abnegada esposa, o sus tres hijos, o el hogar que con tanto esfuerzo levantaron por casi 19 años; todo quedó en el olvido con la celestial vista de aquella joven de poco más de 20 años y la enunciación, con una sensual y dulce voz, de aquel nombre que lo embriagó aún más: - "... Soy Rosa, Rosita para los amigos..."

Desde el primer momento se perdió en esos ojos verdes claros, se hundió en esos labios que eran capaz de succionar mucho más que su alma, se atragantó con los más jugosos senos que jamás tuvo la satisfacción de haber probado, se consumió con el orgásmico contoneo de una silueta que parecía tener varias vidas en su haber. Se olvidó de todo y todos para hacer de su Rosa todo su universo, su religión, su filosofía de vida. Con cada paso, cada tragar de amarga saliva el pobre infeliz inmortalizaba el rostro sonriente de su Rosa, el dulce olor de su perfume, el rozar de su tersa piel, el sabor de sus besos y el agudo sonar de sus gemidos

orgásmicos.

Los recuerdos se apilaban y las lágrimas fluían, discretas, solapadas, ladinas, surcando el rostro del hombre que en sus casi 50 años nunca había derramado llanto tan amargo. Entre recuerdo y recuerdo el desgraciado sacaba cuentas; entre las evocaciones del pasado la imaginación volaba hiriéndolo, apabullándolo aún más. Él se lo dio todo y lo dejó todo, y Rosa, su amada Rosa, entre cualquier tiempo de ausencia, ante cualquier oportunidad, Rosa se entregó a un camino interminable de amantes que gustosamente pagaron por sus lascivos servicios: - "¿Cuántos habrán sido, perra?" - Se preguntaba para sus adentros aquel desgraciado sacando cuentas desesperantes; 100, 200, 1000, los números son infinitos así como el sufrimiento puede parecerlo, y esa noche, entre la ignominia de "La Gloria", el padecimiento del languidecente ser parecía no tener parangón alguno.

Con cada paso el hombre apretaba con más fuerza el puño en el bolsillo derecho de su chaqueta. Ya sabía que estaba llegando al llegadero, al antro de perdición "propiedad" de un andrógino travesti conocido por su salvajismo; aquel hueco de dos pisos donde solapadamente vio entrar a su Rosa en varias ocasiones, confirmando así sus aciagas sospechas. Antes de entrar al tugurio volteó y miró a su alrededor, como dudando un segundo sobre su accionar. La reconocible plaza justo enfrente, el ir y venir de viciosos malvivientes, el hedor fétido del lugar que lo albergaba, todo en su conjunto disipó las fulgurantes dudas que pudieron haber invadido sus adentros.

Con cada paso la ira se iba acrecentando; con cada imagen que sus ojos absorbían, con cada sonido que sus oídos captaban, su imaginación extrapolaba el momento con otro ignorado de su Rosa, que realmente nunca fue suya, acompañada de cualquier amante a quien diariamente se entregaba. - "maldita sucia... ¡MALDITA!" - Se decía mientras penetraba aún más en el antro. Poco le importaba los ojos de todos aquellos ávidos de satisfacciones carnales y que parecían observarlo como si se estuvieran burlando, como si conocieran de algún modo su pesar y su humillación. Ya nada importaba; no su pasado, ni su presente o futuro, solo su ira, su dolor. Un hombre con un aroma muy familiar que le pasó justo por el lado lo sacó de concentración; la cara de satisfacción le dio una primera pista, pero el aroma dulzón lo confirmó. Solo un segundo y un millón de lascivas imágenes se le sucedieron en la mente al desdichado hombre, y en todas Rosa, su dulce Rosa, su odiada Rosa, complacía eróticamente al repugnante individuo, contoneándose con la maestría que solo ella poseía y que solo él creyó erróneamente poseer, o merecer. Las lágrimas dieron paso a la locura, el hombre apretó con todas sus fuerzas el objeto dentro del bolsillo de su chaqueta y en un fugaz movimiento sacó un destello brillante y plateado, y con este rebanó la garganta de aquel infeliz, otro movimiento y le cortó el cuello a un siguiente sujeto que pretendió

contenerlo.

Acto seguido el desdichado penetró en la habitación de donde aquel asqueroso había salido y se encerró en ella; y en el lugar Rosa, arrinconada en una esquina, con su cuerpo solo cubierto por una sabana rauda y percutida, de un fatuo color rosa salmón que alguna vez debió ser rojo fuego. Sus ojos claros desorbitados enarbolando un terror inédito, los labios trémulos intentando enunciar excusas ridículas y argumentos vacíos, ahogados en una garganta que se atragantaba con los nervios, la piel temblorosa, aún brillante por la jornada lujuriosa que ahora se veía terminada abruptamente. Solo dos pasos hicieron falta, tan solo dos ínfimos pero significativos, para que aquel desdichado con el fuego en los ojos y sangre en las manos percibiera el tenue aroma dulzón que tanto lo embriagó en tiempos pretéritos; el hedor de cientos de cuerpos fue ignorado como si no existieran, como si no hubieran dejado su esencia en el hermoso cuerpo de su Rosa; en ese segundo antes de dar ese tercer paso y ponerse a tiro de la sensual ramera, ese dulce aroma lo transportó de facto a tiempos felices, tiempos ignorantes, tiempos idílicos, cuando su cuerpo era acariciado mil veces por suaves y sensuales pétalos de una rosa sin espinas, cuando su garganta se impregnaba con el ponzoñoso néctar de su sexo. Solo un paso bastó para que el intenso fuego de aquellos ojos oscuros se extinguiera en un nuevo mar de lágrimas, para que las fuerzas le abandonaran y cayera avasallado a los pies de su amada Rosa, a quien le besaba ahora el vientre con patética desesperación, sin saber si pedir perdón o permiso, sin saber si era culpable o verdugo, pero con la certeza de que su vida hacía ya mucho tiempo ya no era suya.

La pérfida mujer ahora se sonreía de forma cínica, triunfal, con la seguridad de saber que su batalla la había ganado sin conocer de su existencia, incluso antes de esta fuera tal. Ella, la dulce y sensual Rosa, ahora le acariciaba la incipiente calva al lamentable desdichado, más por burla que por lástima, con el conocimiento que la oportunidad de reivindicación no solo ya había pasado sino que realmente nunca existió. - "pobre infeliz" - pensó la mujer para sus adentros al sentir a lo lejos, en el alboroto afuera de la inmunda habitación cerrada, el llegar de la temida "Dueña" de todo el inicuo establecimiento y todos los que en este hacen vida.

- ¿Siempre serás mi Rosa? - Pregunto él entre sollozos conociendo también el salvaje desenlace que se le avecinaba cuando aquella andrógina figura imponente entró en el cuarto blandiendo un machete y aullando los más pérfidos epítetos.

- Mi viejito tonto... ¿Alguna vez lo fui? - Así, con una sonrisa cínica la imagen de su amada Rosa se fue apagando en los hinchados ojos oscuros; su deseada Rosa, su vicio, su perdición, su Rosa sin espinas pero hecha del más duro y rocoso concreto, incapaz de sentir nada más allá de las

meras satisfacciones corpóreas y regodearse en ellas; una digna hija de la ciudad que la vio nacer.